

ALVARO GARCÍA DE MOVELLÁN HERNAINZ

VIDA DE SAN JUAN DE DIOS



EL LOCO DE GRANADA

2ª PARTE. VIDA ENTREGADA A TODOS

9º.- Caridad hacia todos

En pocas semanas la práctica de la caridad de Juan creció de manera increíble. Él no hablaba de amar a los demás. Los amaba. Y en cosas concretas. Necesitaríamos muchas páginas para poder contar todas las obras de misericordia que practicó. Valga como una muestra lo que nos refieren los documentos de la época: “De estas obras se podían referir muchas que por razón de brevedad se dejan. Sólo diré que quien entrara en su hospital, bien manifiestamente viera la gran caridad de este hombre. Porque en él viera que se curaban pobres de todo género de enfermedades, hombres y mujeres, sin desechar a nadie, de calenturas, bubas, llagados, tullidos, incurables, heridos, desamparados, niños tiñosos y que hacia criar muchos que le echaban a la puerta (bebés abandonados a las puertas del hospital), locos y simples... proveyó también una cosa de gran socorro, que fue labrar una cocina para los mendigantes y peregrinos, para que sólo se acogiesen de noche a dormir y se amparasen del frío; tan capaz y de tal suerte labrada, que cabían holgadamente más de doscientos pobres y todos gozaban del calor de la lumbre que estaba en medio y para todos había poyos en que durmiesen, unos en colchones, otros en zarzos de anea y otros en esteras”.

Aparte de esto ayudaba a las personas que les daba vergüenza pedir por no estar acostumbradas llevándoles ayuda de forma privada. Socorría a los presos pagando las fianzas. Ayudaba a las prostitutas dándoles medios para

dejar esa vida. Ayudaba a los que tenían pleitos y riñas. Prácticamente no hubo desgracia humana ni necesidad material que no encontrara en él ayuda, sustento y socorro.

Por su parte vivía de forma muy austera. Apenas dormía, comía poco, iba con vestidos desgastados y rotos. Si alguien le regalaba alguna camisa no tardaba ni un día en darla a algún pobre.



Por supuesto la caridad de Juan no sería auténticamente cristiana si tan sólo se hubiera preocupado de los cuerpos de sus hermanos y hubiera olvidado sus almas. Por eso también hacía todo lo posible por atraerlos a una vida cristiana y ponerlos en el camino de la salvación eterna. Una de las primeras cosas que hizo con su hospital es buscar un buen sacerdote que atendiese espiritualmente a los necesitados. Cuando lo encontró les dijo con alegría:

-Hermanos, dad muchas gracias a Dios, que os ha esperado tanto tiempo a penitencia, pensad en lo que lo habéis ofendido, que yo os quiero traer un médico espiritual, que os cure las almas, que después para el cuerpo no faltará el remedio; confiad en el Señor, que Él lo proveerá todo.

Y les trajo un sacerdote para que se confesasen todos. Alguna vez hizo traer el sacerdote a altas horas de la noche si era necesario confesar a alguien que estaba a punto de morir. De hecho se comentaba que nunca se le murió ningún pobre en su hospital sin recibir los sacramentos. Un testigo dirá que la preocupación básica de Juan era “salvar las almas de los pobres que al dicho hospital iban”.

Vivía muy preocupado por conseguir la reconciliación de los enemigos, la conversión de los pecadores, que la gente se alejase de todo peligro y ocasión de pecado y ofensa a Dios. Especialmente fue llamativo en este sentido su apostolado con las prostitutas. No tuvo reparo en presentarse en las casas donde trabajaban. Iba los viernes,

en memoria de la pasión del Señor. La gente se quedó admirada al verle entrar en estos antros de perdición. Lógicamente no iba buscando servicios sexuales (aunque hubo algunos malintencionados que se atrevieron a sugerirlo). Iba buscando almas. Iba buscando ayudar a esas pobres mujeres atrapadas muchas veces por enormes deudas que tenían que pagar a su chulo. Juan entraba en el prostíbulo, daba vueltas, elegía una mujer -las había de todas las edades: muy jóvenes, muy mayores-, pagaba; ella se lo llevaba a un cuartucho. Y allí empezaba la verdadera misión del limosnero: se interesaba por ellas, las escuchaba. Luego se ponía de rodillas, sacaba un pequeño crucifijo y lleno de devoción decía a la prostituta:

-Mira, hermana mía, cuánto le costaste a nuestro Señor, y mira qué padeció por ti; no quisieras ser tú causa de tu propia perdición; mira que tiene premio eterno para los buenos y castigo eterno para los que viven en pecado como tú; no le provoques más a que totalmente te deje, como merecen tus pecados, y vayas como piedra dura y pesada al profundo infierno.

Muchas prostitutas reaccionaban con furia, insultando a Juan y tachándolo de santón, hipócrita, holgazán.... Muchas otras, en cambio, le pedían ayuda para poder cambiar de vida. En esos casos Juan les pedía que hicieran el propósito firme de morir antes que volver al pecado y se volcaba totalmente en ayudarlas. Sabemos que rescató a muchísimas de la prostitución pagando la deuda que tenían contraída. Luego les buscaba alguna salida para que

rehicieran su camino. Algunas fueron internadas en un lugar apropiado, a otras les buscaba marido y las ayudaba durante muchos años para que pudieran llevar una vida digna y honrada. En cierta ocasión, con unas grandes limosnas que había recibido, casó a dieciséis de una sola vez. Este apostolado lo mantuvo hasta el final de sus días.

10º.- Milagros y primeros compañeros de Juan

No faltaron algunos hechos milagrosos en la vida de Juan. Muy comentado fue lo que ocurrió con el burro robado. Había comprado Juan un borrico para trasportar los canastos de ropa sucia de los enfermos hasta orillas del río Genil. Lo tenía atado a un hierro de una ventana de su hospital. Pues bien: un día un personaje se lo robó. Lo desató, se montó, lo arreó y tiró calle arriba. Lo que no sospechaba el ladrón es que cuando llegó a su casa e intentó bajarse del animal no pudo. Por más esfuerzos que hizo no hubo manera: era como si estuviera pegado al animal. Pidió ayuda. Ni su gente ni los vecinos, tirando con todas sus fuerzas, pudieron apearlo. Fatigados por el esfuerzo y riéndose a carcajadas por lo insólito de la situación acabaron por dejarlo solo. El pobre hombre terminó aquella noche dando vueltas sobre el borrico por las calles de Granada. Al día siguiente fue al hospital y contó, arrepentido, todo lo ocurrido a Juan. Pidió perdón. Venía a devolver lo robado. Juan, con una simple palmadita al burro, logró desmontar a hombre. El hecho corrió de boca en boca por toda la ciudad.

Una niña estaba moribunda. Juan entró en esa casa para pedir limosna. Encontró a los padres desoladísimos, con la pobre niña desahuciada por los médicos. Le pidieron rezara por ella. Juan rezó. Luego, como quien ha recibido una respuesta celestial, simplemente dijo:

-Sí, nos la prestan.

La niña curó milagrosamente. Desde entonces la llamaron “la emprestadica de Nuestro Señor”.

Tuvo don de profecía. Una mañana se encaró con un enfermo avisándole que el demonio se había apoderado de su alma. Le enumeró una lista de pecados ocultos. Especialmente el hecho de que se había casado dos veces estando vivas las dos mujeres. El enfermo “quedó muy maravillado, diciendo que nadie en el mundo lo sabía sino él”. Se confesó con gran arrepentimiento recibiendo después la comunión. Luego murió. A otra mujer recogida en el hospital le reveló que vivía diez años con un hombre sin estar casada. También ésta se confesó y murió en gracia de Dios.

Milagrosa se consideró la reconciliación que Juan logró entre dos hombres que se odiaban. Se llamaban Antón Martín y Pedro Velasco. Antón no llevaba mucho en Granada. Ejercía de chulo y protector de prostitutas. Había venido buscando venganza. Un hermano suyo, por un lío de dinero y de faldas, fue asesinado por el tal Pedro Velasco. Antón juró que no descansaría hasta lograr que la justicia

condenara a muerte de horca al asesino. Logró que la Chancillería diera orden de encarcelar a Pedro. Todo hacía presagiar que pronto lograría su objetivo. Muchas personas habían pedido a Antón que reconsiderase su postura y perdonase a Pedro ya que éste se mostraba arrepentido por el homicidio. Pero Antón se volvía furioso ante la simple idea de que Pedro se librara de la horca. Había prometido que si los jueces no lo ajusticiaban él mismo lo haría con sus manos. Hasta que se topó con Juan....

Seguro que ya se conocían. Juan no pasaba desapercibido en Granada. Es muy probable que Antón lo respetara e incluso le hubiera ayudado alguna vez con limosnas. Lo que no esperaba es lo que sucedió aquel día cuando ambos se cruzaron en la calle de la Colcha. Juan se hincó de rodillas y sacando un crucifijo le pidió que por la Pasión de Cristo perdonase. ¿Qué ocurrió? ¿Cómo es posible que por esta simple acción los deseos de venganza de Antón se esfumaran? Sin duda intervino la gracia de Dios. Todos lo atribuyeron a la santidad del hermano Juan. Se consideró un milagro.



El caso es que Antón perdonó de corazón en ese mismo instante a Pedro. No sólo eso. Fue a la Chancillería y retiró la denuncia lo cual supuso la puesta en libertad inmediata de Pedro. Y allí mismo, delante de Juan, se abrazaron y se perdonaron.

Y no quedó ahí la cosa. Ambos pidieron a Juan que los admitiera como voluntarios en su obra de caridad a favor de los pobres. Y así se convirtieron en los primeros compañeros del santo y el inicio de la futura "orden hospitalaria". La gente se maravillaba de ver a los antiguos enemigos yendo por las calles de Granada descalzos y pidiendo limosna para los necesitados.

Un milagro también ocurrió con la llegada del tercer compañero. Se llamaba Simón y pensaba que Juan era un farsante. Por eso decidió espiarle por las noches pensando que en vez de ayudar a los pobres iba a las casas con intenciones sospechosas. Un día se acercó Juan a casa de una viuda que tenía hijos que mantener para llevarle alimentos. Simón fue a espiar. De pronto vio todos sus pecados escritos sobre un tabique con una espada amenazante de fuego. De la impresión que se llevó por semejante visión se desmayó. Juan escuchó el ruido. Se acercó, le hizo la señal de la cruz sobre la frente y lo levantó. Simón, arrepentidísimo, se convirtió en compañero de Juan.

También un milagro intervino en la llegada del cuarto compañero de Juan. Se llamaba Domingo y era banquero.

Juan fue a pedirle para sus pobres. Al banquero no se le ocurrió otra cosa que exigirle a Juan un aval, una firma que respondiera del dinero recibido y asegurara que se le devolvería. Juan sacó de la capacha una estampa del Niño Jesús y poniéndola sobre la mesa dijo:

-Mi fiador.

En ese momento salió del rostro del Niño Jesús una gran claridad y resplandor. El banquero lo consideró un milagro. No sólo dio el doble de lo que Juan pedía sino que experimentó una profunda conversión a Dios. Cuando su mujer murió pidió ser admitido en el grupo de ayudantes directos de Juan. Fue el cuarto compañero.

11º.- Al demonio no le gustó

¿Cómo iba a gustarle? El demonio sólo busca nuestra perdición eterna, alejarnos de Dios y mantener nuestra atención en las cosas materiales. *Sed sobrios, velad. Vuestro adversario, el diablo, como león rugiente, ronda buscando a quien devorar (1 Pedro 5, 8).* ¿Cómo iba a gustarle la conversión tan profunda de Juan y el gran bien que su ejemplo y sus palabras procuraban a las almas?

Le atacó. Le tentó. Es algo que todos los que quieren servir más profundamente a Dios experimentan: mayores tentaciones. El demonio intensifica su lucha para apartarlos del camino de la santidad.

Con Juan no sólo hubo tentaciones. También ataques extraordinarios. Cuentan que el primer suceso ocurrió una

noche de 1545 cuando Juan, en la llamada placeta Vargas, fue molestado por el demonio. ¿Cómo? ¿De qué manera? No tenemos más datos.

La cosa siguió. Una noche un pobre se le acercó a pedirle limosna. Juan debió intuir algo raro pues le preguntó:

-¿En qué nombre la pides?

Juan siempre daba limosna por amor de Dios. Pero aquel "pobre" no quiso mentar a Dios. De pronto montó en cólera, le dio un golpe en el pecho que le hizo volver atrás varios pasos y desapareció. Lo consideraron un ataque demoníaco.

En otra ocasión yendo Juan a orillas del río Darro, cerca de plaza Nueva, un cerdo de grandes dimensiones se le atravesó entre los pies y le hizo caer. En vano Juan intentó levantarse pues el extraño animal no lo permitió. Lo tuvo casi una hora en el suelo, hozando alrededor de él y pisándolo. Finalmente el doctor Beltrán, cuya casa estaba cerca, oyendo el alboroto salió a socorrerlo. Impresionaba ver a Juan molido, desollado el rostro, lleno de lodo, capacha en el suelo, dispersas las limosnas...

Una noche oyeron a Juan que en su aposento daba grandes gemidos y parecía pelear con alguien. Acudieron. Estaba de rodillas, muy fatigado, sudando, mientras repetía:

-Jesús me libre de Satanás, Jesús sea conmigo.

Vieron salir por el ventanuco que daba a la calle una figura muy fiera.

En otra ocasión dicen que lo levantó por el aire dejándolo después caer al suelo de forma estrepitosa. Estando en el mismo aposento, con la puerta cerrada, se le apareció una

guapa mujer para tentarlo a la impureza. Juan dijo en alto que si entraba con la puerta cerrada sería el demonio. Entonces la figura se desvaneció. La tentación se repitió en la calle como cuenta un testigo: “Subiendo un día el bendito padre a la Alhambra, en la Alameda, vagaba una mujer de buena cara y hermosa y bien vestida de seda. Y llegó al bendito padre y le dijo que ella estaba muy aficionada de él y que estaba resuelta a casarse con él si le parecía. Y el bendito padre se santiguó diciendo: “Doime a Dios que no estoy yo de este parecer”; y que luego todo se había hecho niebla. Y esto lo vio un hombre que sacaba tierra con unos asnillos...”

12º.- Le dan su nombre definitivo: Juan de Dios.

El Obispo llamó a Juan y le invitó a comer. Era algo más que una simple comida. El Obispo quería “oficializar”, por así decir, la obra que Juan llevaba a cabo. Quería que fuera acogida de manera oficial por la Iglesia. Empezó por el nombre:

-¿Cómo os llamáis?

-Juan.

-Llamos Juan de Dios.

Con exquisita obediencia y profunda humildad Juan añadió:

-Si Dios quisiere.

Luego el Obispo le habló de la conveniencia de llevar un

hábito, él y sus compañeros. Le propuso uno dividido en tres partes, en honor de la Santísima Trinidad. El mismo Obispo se lo compró y se lo impuso. Desde entonces Juan y sus compañeros iban con él. Así lo llevó hasta la muerte. La Iglesia le dio hábito y nombre. Y él, siempre obediente a la Iglesia, lo aceptó.



Verdadero retrato de San Juan de Dios

13º.- Recorriendo otras partes de España

El número de pobres recogidos por Juan de Dios crecía sin parar. Recibía a todos los enfermos que pedían ayuda, sin importar su dolencia o procedencia. Su primer hospital ya no bastaba. Tuvieron que trasladarse a un lugar más amplio en la cuesta Gomérez. Ocurrió en 1547.

Los gastos crecían y crecían. Juan no hacía sino añadir cada año nuevas obras de caridad a las ya existentes. Empezó a ocuparse de los bebés y niños abandonados. A veces se los dejaban en la misma puerta de su hospital, otras veces se los encontraba tirados en las puertas de las Iglesias. Juan los metía en su capacha y se ocupaba de ellos buscándoles una familia que los criara. Un caso valdrá por todos: le dieron una niña. La metió en su capacha y le busco familia. La visitó durante un tiempo cada tres días y le dejó un dinero en depósito para que cuando fuera mayor se casara. Así ocurrió. Lo sabemos por un viejito de 83 años que contó el caso terminando así su relato: “Este testigo lo sabe... porque se casó con la dicha niña”.

El caso es que los gastos crecían, crecían, crecían... las familias ricas de Granada, los pequeños comerciantes, el mismo Arzobispo, todos colaboraban. Pero hacía falta más. Juan de Dios se estaba endeudando prometiendo devolver el dinero prestado con tal de ayudar a sus pobres. De aquí surgió la idea de salir a buscar limosnas por otros lugares para no ser tan gravoso a los ciudadanos de Granada.

Y así hizo. Varios viajes. En 1547 y 1548. Málaga, Toledo, Oropesa, Salamanca, Valladolid, Córdoba... Por todos estos sitios hacía lo mismo que hizo en Granada a sus principios: pedir limosna dando ejemplo de vida devota, entregada, austera... Se ocupó también de todos los enfermos que iba encontrando por estas ciudades.

En Salamanca, ciudad universitaria, dejó atónitos a los estudiantes por la humildad y amor con que trataba a los enfermos, limpiándolos y acariciándolos. Dice un testigo que lo hacía “con tanto amor y caridad que era cosa que espantaba, que no parecía sino que todos los enfermos lo quería meter en las entrañas”.

En estos viajes volvió a sufrir, según cuentan los testigos, ataques del demonio por las noches. Alguna mañana apareció todo aporreado y lleno de cardenales. Preguntado por el motivo respondía: “Quiérello Dios”.

En Valladolid lo llevaron ante el príncipe Felipe. Con humildad y firmeza Juan de Dios le dijo:

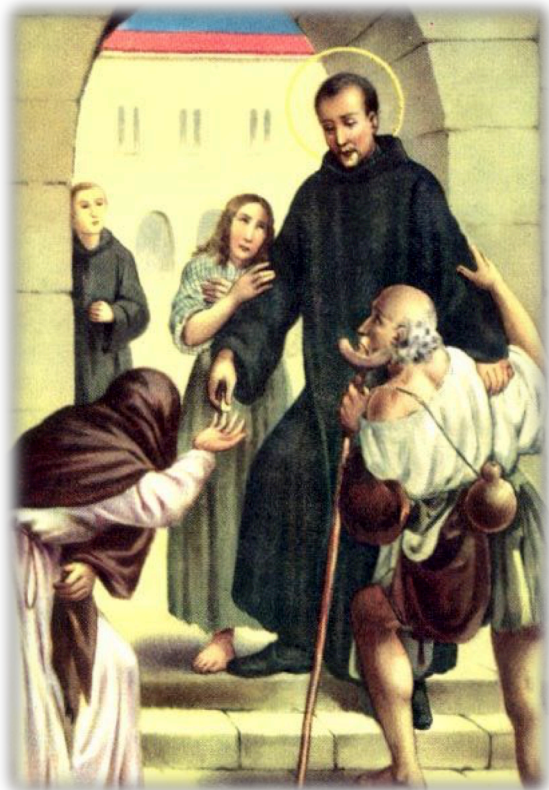
-Buen principio os dé Dios en reinar y buena mano derecha en gobernar; después, buen fin para que os salvéis y ganéis el Cielo.

El príncipe quedó pasmado y mandó darle limosna.

Tras varios meses Juan volvió a Granada. No traía tanto dinero como se suponía pues todas las limosnas que le iban dando las iba repartiendo en aquellos mismos lugares a los pobres que encontraba. En Valladolid un testigo declaró: “Repartía tan bien, que ya casi tenía tantas casas de mujeres y hombres pobres que visitar y dar de comer, como en

Granada". A uno, que extrañado le había preguntado por qué no guardaba los dineros para los pobres de Granada le respondió:

-Hermano, darlo aquí o darlo en Granada, todo es hacer bien por Dios, que está en todo lugar.



14º.- Enseñanzas espirituales

Juan de Dios no escribió ningún libro con enseñanzas espirituales. Su vida y sus hechos son su enseñanza. Desde su conversión se dedicó plenamente al amor de Dios y al amor del prójimo, concentrado en el servicio a los pobres y en el deseo de salvar las almas. Un testigo que examinó una jornada diaria normal del santo declaró: “Lo más del día se lo pasaba en rezar, fregar y barrer, y hacer las camas a los pobres; ponerles las ollas; y llamar a los médicos y confesores; y hacer otras obras de esta manera, y acudir a pedir limosna para sus pobres vergonzantes”.

Su paciencia era enorme. Cuando ya era conocido y estimado por todos un día, al ir por una calle, sin querer dio con su capacha a un caballero noble que había venido a Granada por un asunto. Le tiró la capa al suelo. El caballero lo tomó a mal y lo insultó. Juan de Dios le dijo:

-Perdóname, hermano, no miré lo que hice.

Por toda respuesta el caballero le dio una sonora bofetada a lo que Juan respondió:

-Yo soy el que erré; bien lo merezco, dadme otra en este carrillo.

El caballero mandó a sus criados:

-¡Dadle a este villano mal criado!

Lo molieron a golpes. En esto apareció alguien que le dijo al caballero que aquel hombre era Juan de Dios. El caballero quedó aterrado pues había oído hablar de sus grandes virtudes. Muy arrepentido se puso de rodillas ante él

pidiéndole perdón. Juan lo levantó, lo abrazó y lo perdonó de corazón.

En otra ocasión que un mozo le pegó también una bofetada, le dijo:

-Dame otra si quisiéredes, hermano.

Su humildad era impresionante. No le importaba para nada lo que pensarán y dijeran los demás de él pues solo buscaba agradar a Dios y no a los hombres. Le gustaba más bien ser tenido por miserable y pecador. Un día una prostituta a la que había ayudado y casado fue a pedirle al hospital. Hemos de decir que esta persona iba prácticamente todos los días, día y noche, a pedir. Ese día Juan no tenía nada y le dijo que volviese mañana. La mujer lo tomó muy mal y lo insultó a grandes voces llamándole mal hombre e hipócrita. Juan le dijo:

-Toma dos reales, salte a la plaza y di eso a voces.

Dice un testigo: "Sus palabras eran modestas y humildes y siempre trayendo el nombre de Dios en la boca.... todo ello (el servicio a los enfermos) lo hacía con una cara risueña y alegre". Sabemos que no le gustaba la gente que siempre está quejosa, triste, enfadada. Su norma era vivir con alegría y paciencia incluso en las circunstancias más adversas. Era consejo suyo permanente las siguientes palabras:

-Ande alegre quien sirve a Dios y triste quien lo hace al demonio.

Conservamos seis cartas escritas por Juan de Dios donde encontramos algunos consejos espirituales. Son los siguientes:

“Maldito el hombre que fía de los hombres, sino de sólo Jesucristo; de los hombres has de ser desamparado que quieras o no; mas Jesucristo es fiel y durable”.

“No dejéis de rogar a Jesucristo por mí que me dé gracia y esfuerzo para que pueda resistir y vencer al mundo y al diablo y a la carne.... y me dé humildad y paciencia y caridad con mis prójimos... y me deje confesar con verdad todos mis pecados, y obedecer a mi confesor y despreciarme a mi mismo y amar sólo a Jesucristo... y tener y creer todo lo que tiene y cree la madre santa Iglesia, lo cual tengo y creo bien y verdaderamente como lo tiene y cree la santa madre Iglesia, así lo tengo yo y creo, y de aquí no me salgo... (aconseja guardar tres cosas en la memoria): la hora de la muerte, de la cual ninguno se puede escapar; y las penas del Infierno.. pensar cómo por tan breves deleites y pasatiempos, que presto se pasan, hemos de ir a pagarlos (si en pecado mortal morimos) al fuego del Infierno; y la gloria y bienaventuranza del paraíso..... Sobre todo tened siempre caridad, que ésta es madre de todas las virtudes”

15º.- El fuego no lo tocó

3 de Junio de 1549. Arde el Hospital Real. Aquel donde metieron a Juan de Dios cuando lo tomaron por loco al comienzo de su conversión. Los testigos declaran que fue el

mayor fuego que se haya visto jamás en la ciudad. Las campanas de todas las torres tocaron a rebato. Se concentraron muchísimas personas. Poco se podía hacer. Acercar cubos de agua para echarlos a un edificio enorme no solucionaría nada. Intentar entrar era locura y los que se atrevían volvían pronto medio asfixiados. Había que aislar a base de cañonazos la zona incendiada, derribando sus muros y creando un círculo de ruinas que contuviera el fuego.

Juan de Dios también se acercó. Al ver el hospital en llamas pensó en los locos que todavía estaban dentro y sin pensárselo ni un segundo entró dentro ante el asombro de los presentes. Fue sacando uno a uno (en brazos algunos, otros a tirones) a todos los enfermos. Salió y entró varias veces. Repentinamente lo vieron en una ventana atrapado por el fuego que parecía engullirlo. Todos pensaron que había muerto abrasado y nadie se atrevía a entrar a ayudarlo por ser tan grandísimo el incendio. Entonces apareció por la puerta del hospital, como si nada. Su hábito estaba intacto. Un testigo declaró: “Todos le miraban y cercaban, dando gracias a Dios por ver cómo el fuego no le había empecido ni hecho daño alguno y estaba libre, salvo las pestañas y cejas chamuscadas”.

El incendio tardó varios días en apagarse por completo.



16°.- El amor le llevó a la muerte

Las fuerzas de Juan de Dios iban disminuyendo de forma alarmante. Desde 1549 se había notado un bajón importante en su salud.

Invierno de 1550. Una riada del Genil, el emblemático río de Granada, arrastró ramajes y troncos de la sierra. Toda esa leña traída por el río era perfecta para calentar los fríos de los enfermos. Juan de Dios fue con algunos compañeros a la orilla del Genil a recogerla.

Era comienzos de Febrero. El caudal del Genil era

tremendo, producido por el deshielo y las lluvias copiosas. Había en la ribera del río muchas otras pobres gentes que también recogían leña. Y sucedió lo peor. Un muchacho entró incautamente en el río más de lo prudente y la corriente lo arrebató y se lo llevó. Todos gritaron pero nadie se atrevió a echarse al agua. Nadie salvo Juan de Dios. Se arrojó tras de él. Logró asirlo y sacarlo del río con mucho esfuerzo. Era inútil. El muchacho se había ahogado lo cual dio muchísima pena a Juan.

Se había mojado tanto que tuvieron que llevarlo a su hospital a cuestras. Llegó fatal, enfermo, seguramente con una pulmonía. Lo tuvieron que acostar. Todos comprendieron, incluido Juan, que se moría. Acababa de desgastar sus últimas fuerzas haciendo lo que siempre había querido desde su conversión: dar la vida por los demás. *Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos (Jn 15, 13).*

17°.- Sus últimos días

Granada entera sabe que Juan se muere. Regueros de gente subían y bajaban la cuesta Gómez para ir a su hospital, a verle, a preguntar por él. Juan de Dios tenía una inquietud: sus deudas. Quería dejar anotado a quienes debía y cuánto, en la confianza de que los suyos pagarían los préstamos pendientes. “Tomó un libro blanco y unas escribanías y un hombre que le escribiese; y se fue por la ciudad de casa en casa de los que algo debía; íbalos asentando, y la cantidad de la deuda, y de qué se debía... y

así puso por orden todo lo que debía”. No contento con esto mandó hacer una copia en otro libro para que hubiese dos. Uno de ellos lo retuvo consigo.

Doña Ana Osorio estaba casada con la noble familia de los Pisa. En su palacio, situado cerca de plaza Nueva, Juan de Dios encontraba abundantes limosnas y alojamiento provisional para mujeres rescatadas de la prostitución. Doña Ana fue a ver a Juan. Lo encontró echado sobre unas tablas, la capacha por almohada. Comprendió que en aquel lugar frío, tan cercado de pobres que no le dejaban reposar, la muerte era segura. Le propuso llevarlo a su palacio donde, mejor cuidado, podría recuperarse. Juan no quiso. Prefería estar entre sus pobres.

-Con ellos quiero morir y ser enterrado.

Doña Ana no se conformó. Tenía amistad con el Arzobispo de Granada. Le convenció de que la única manera de recuperar al santo limosnero era con medicinas, cuidándolo con una conveniente asistencia en su palacio. Sólo la obediencia a la Iglesia podía mover a Juan de Dios. El Obispo accedió y mandó recado a Juan: en virtud de la santa obediencia debía ir al palacio de los Pisa a ser curado allí. Juan obedeció.

Lo llevaron en una silla. Los enfermos del hospital no querían que se lo llevaran y dieron grandes gritos y alaridos para impedirlo. Pero Juan los calmó diciéndoles:

-Sabe Dios, hermanos míos, si quisiera yo morir entre

vosotros. Pues Dios es servido que muera sin veros, cúmplase su voluntad. Quedad en paz, hijos míos; y si no nos viéramos más, rogad a vuestro Señor por mí.

No obstante ante el espectáculo de sus pobres enfermos tan doloridos por la situación Juan de Dios se desmayó. Lo tuvieron que llevar rápido al palacio.

Allí le quitaron su hábito harapiento, le pusieron camisa de dormir, le aderezaron cama en un cuarto soleado del piso alto y trajeron médico y medicinas. “Dejó que hiciesen con él cuanto le mandaban”.

Seguían visitándolo muchas personas; también muchos pobres y mendigos. Estas visitas entristecían mucho a Juan de Dios pues veía que ya no podía hacer nada por ellos. Doña Ana se dio cuenta y mandó tajantemente que nadie más subiera a la habitación.

Los niños de la familia sí entraban. Un día descubrieron que Juan de Dios había estado de rodillas. Le preguntaron con inocencia que por que se ponía en esa postura, tan malo como estaba. El santo respondió “que aquello había menester y le convenía”.

Permitieron que le visitara el Arzobispo de Granada, don Pedro. Juan se llenó de alegría al verlo.

-Padre mío y buen pastor.

El Obispo se mostró cercano y cariñoso:

-Hermano Juan, si algo tenéis de pena, decídmelo, que pudiendo lo remediaré.

-Tres cosas me dan cuidado, padre mío. La una, lo poco que he servido a nuestro Señor, habiendo recibido tanto.

El Obispo respondió:

-Hermano mío, a lo que decís que no habéis servido a nuestro Señor, poned confianza en su misericordia; Él suplirá con los méritos de su pasión lo que en vos ha faltado.

-La otra (continuó Juan), los pobres que le encargo, padre mío; y gentes que han salido del pecado y mala vida; y los vergonzantes (es decir: los que tenían necesidad pero les daba vergüenza pedir).

El Obispo le tranquiliza:

-Yo los recibo y tomo a mi cargo, como soy obligado.

Juan termina:

-La tercera estas deudas que debo, que he hecho por Jesucristo.

Y puso el libro de deudas en sus manos. El Obispo contestó:

-En cuanto a estas deudas que debéis, las tomo desde luego a mi cargo para pagarlas, yo os prometo de hacerlo como vos mismo lo hicierais. Sosegad y nada os dé pena, sino sólo de atender a vuestra salud; y encomendaos a nuestro Señor.

Juan quedó muy consolado con esta visita. Y el Obispo cumplió todas sus promesas.

Estuvo Juan de Dios cerca de dos semanas en casa de los Pisa. Luego murió.

18°.- Una muerte increíble

Agravándose la enfermedad Juan de Dios se confesó (aunque lo hacía muy a menudo). Le trajeron el Santísimo Sacramento: lo adoró con mucha devoción.

Viernes 7 de Marzo de 1550. Por la tarde Juan de Dios declara que siente cercana la muerte. Pide estar solo. Respetan su voluntad.

Entonces ocurrió algo increíble. Se bajó de la cama, se vistió con su hábito, cogió un crucifijo que allí había y puesto de rodillas junto a la cama, orando mientras miraba el crucifijo, murió.

Una mujer mayor se atrevió a entreabrir la puerta para ver como seguía el enfermo. Viéndolo de rodillas pensó que rezaba y se retiró cerrando nuevamente la puerta. A las doce y media de la noche, recién empezado el día 8 de Marzo, decidieron entrar. Lo encontraron “hincado de rodillas en el suelo, puesto su hábito, y con un Cristo en las manos, algo inclinada la cabeza a los pies del Cristo, como que los iba a besar”. Comprobaron su estado. Estaba muerto. Les extrañó que estuviera así el cadáver, de rodillas, sin derrumbarse. La familia entera subió a verlo. Luego vinieron más personas. Todos quedaron admirados de que no se desplomase. Corrió el rumor. Se presentaron miles de personas. Todos querían ver el prodigio. Un testigo declaró: “Era tanto el concurso de gente que había acudido, que este testigo tuvo por muy buena suerte poder entrar a verlo”. Así estuvo el cuerpo del santo más de seis horas.

Si usted visita Granada no deje de ir al museo de la casa de los Pisa: allí se conserva la habitación donde murió San Juan de Dios tal cual, con una imagen en la misma posición y lugar donde murió. Puede verse aquí abajo la foto que yo mismo saqué en dicho lugar



Por fin vinieron dos magistrados y mandaron tomar el cuerpo y tumbarlo en la cama. Con dificultad le hicieron perder aquella forma. Lo metieron en una caja y lo llevaron a enterrar.

Podemos imaginar cómo fue su entierro. Toda Granada lloraba. Diez años antes lo llamaron loco y se burlaron de él.

Ahora todos iban al lado del féretro con una admiración absoluta al llamado “padre de los pobres”.

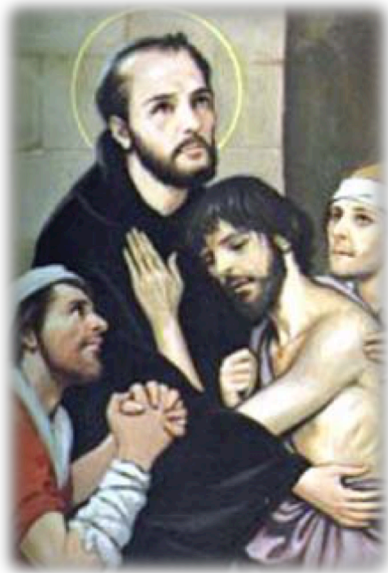
Toda Granada estaba allí. Autoridades, pueblo sencillo... y por supuesto los pobres, los enfermos, mujeres rescatadas de la prostitución... todas las campanas de la ciudad tocaban... “nunca vio Granada tal cosa”.

Su “Orden hospitalaria” se difundió por todo el mundo.

Fue beatificado el 21 de Septiembre de 1630.

Fue canonizado el 16 de Octubre de 1690.

Su cuerpo descansa en el camarín de la Basílica de San Juan de Dios, en Granada.



Tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme... cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis (Mt 25, 35-36. 40)

Encuentra más contenidos que pueden ayudarte en:

*** www.consagrationalavirgen.com**

*** Canal de Youtube ADJEMA (*Ad Jesum per Mariam*)**